

Nombre: Burgos, Andrea Cristina

DNI: 21.797.663

Localidad: Las Heras

Provincia: Santa cruz

Distrito Escolar: Departamento de Puerto Deseado

Escuela: E.G.B. N° 64

Dirección: 13 De Diciembre N°1050

Correo electrónico: ebg64@lasheras-patagonia.com.ar

APRENDIZAJES QUE DEJAN HUELLAS

Siempre dije que llegar a esta provincia, Santa Cruz, me abrió la cabeza en muchos aspectos y particularmente en cuanto a lo profesional. Y digo esta frase porque resume lo que realmente me ocurrió. Cuando llegué de mi pueblo tenía latente el recuerdo de mi vida allí más que tranquila, gente que se conocía toda, gente muy conservadora en su persona como en sus familias. Cuando llegué aquí me impresionó lo social, aprendí a ver familias con estructuras muy diferentes y me tocó, en más de un caso, escuchar historias que para mí eran sólo de telenovelas. Aprendí a ver familias que ni se acercaban a lo que yo tenía como modelo. Aprendí a escucharlos y en ocasiones a ser asistente, psicóloga y, lo que era peor, tenía que aprender a ser maestra en ese ámbito. Así me formé aquí. Así me formó la escuela E G B N°64, a quien hoy le agradezco lo que soy. Aprendí a ver en los otros una individualidad especial. Aprendí a estar con niños que me necesitaban de otra manera, aprendí a convivir con esa realidad y a ofrecer mis tiempos para escuchar estas cuestiones que no son tan inherentes a la educación. Desde mis comienzos todo fue y es un desafío. La docencia es eso.

En este camino enfrenté diferentes situaciones; en mi escuela siempre se me impulsó a lo diferente, lo posible y lo que parecía poco probable.

Hace tres años, cuando un nuevo año comenzaba y todos teníamos millones de expectativas de cómo sería nuestro nuevo grupo, con ganas renovadas de las vacaciones, se nos informó, en aquel entonces al equipo de segundo año, la incorporación de una alumna integrada de la escuela especial N° 7, situación no nueva para nosotros ya que hasta ese momento se venía realizando integración en diferentes años. Lo especial de ésta era el tipo de discapacidad de nuestra niña, su discapacidad era auditiva. Desde el primer momento me encantó, pensé que era un desafío desde lo personal y me

entusiasmó mucho la idea. No vi la dificultad en ningún momento. Sólo pensé en una escuela abierta. Una escuela para todos que no cierra sus puertas sino que integra a quienes sean diferentes a nosotros.

En el segundo momento, bajando los decibeles -como dicen los chicos-, y pensando estrictamente en el área en la que trabajo desde hace siete años, el área de lengua, me paralicé.

Por mi cabeza resonaban como en un torbellino mil cuestionamientos: cómo la entendería, cómo me vincularía con ella y cómo la haría sentir bien. Cómo haría para incorporar en ella contenidos sin poder hablar, y el hermoso momento del cuento...

Siempre intento que mis alumnos estén cómodos en mis horas, distendidos, pero en éste caso cómo lo lograría. Me formulaba mil preguntas que tenían que ver con el miedo, la ansiedad, y la responsabilidad que la situación requería.

Al otro día, sin haber podido dormir lo suficiente, me instalo en la dirección para hablar con Cristina, mi directora, y contarle todos mis cuestionamientos. Muy tranquila me escuchó y me contestó que me tranquilizara, que la nena venía con un integrador para ayudarnos en éstas cuestiones y que yo era muy capaz de hacerlo y bien. Salí, no más tranquila pero sí con la autoestima más alta.

Pocos días después, en una segunda reunión nos presentaron a los docentes integradores: María Marta y Elio, quienes narraron con profundo cariño y muy objetivamente la personalidad de Claudia, los alcances obtenidos por ella y las capacidades que posee para trabajar.

Al escucharlos cedieron de alguna manera mis ansiedades. Pero mi cabeza seguía acelerada pensando en cómo trabajar con esa nena.

A partir de ese instante mi equipo: Fer, Silvina, yo y los integradores pasamos a ser un gran equipo que hizo posible trabajar como lo hicimos durante ese año.

Los integradores fueron un gran sostén para nosotros. Siempre estuvieron con muy buena predisposición para trabajar. Hoy les reconozco el acompañamiento y lo que me enseñaron. Aunque ellos digan que lo hice sola, yo sé que tuvieron mucho que ver en esto. Nada hubiera sido posible sin el trabajo de todos y la responsabilidad que todos asumimos a la hora de trabajar con Claudia.

Los días pasaron y el gran momento de conocer a Claudia llegó. Para variar, la noche anterior me costó conciliar el sueño, pensaba en el encuentro, no quería que se fuese a sentir mal. Si bien los chicos estaban al tanto de la discapacidad de Claudia, tenía miedo de la reacción que pudieran tener. Este fue mi primer gran aprendizaje con los niños y con Claudia. Ellos no están contaminados de prejuicios ni de miedos, esas cosas son de los grandes. La reacción del grupo fue espectacular, puede decirse claramente que "fue un encuentro *normal*."

En breve, las relaciones entre ellos fueron fluyendo sin que nadie tuviera que mediar, los recreos se transformaron en momentos para conocerse y jugar con simpleza, sin tabúes.

El trabajo con la integradora favoreció en el aula el entendimiento con Claudia. Era como un puente entre nosotras.

En los primeros tiempos ella bajaba las consignas de trabajo y Claudia comenzaba a resolver sola. Juntos armamos la planificación y, de manera anticipada, ellos sabían qué se trabajaría en cada clase. Con el tiempo pude manejarme sola con la nena, aprendí del equipo integrador cómo hacerlo y también estudiamos los maestros el lenguaje de señas para poder comunicarnos con Claudia más efectivamente. Preparamos muchas lecturas con imágenes y secuencias que favorecían su entendimiento sobre un texto. En los espacios de trabajo de los docentes de grado bombardeaba a los integradores con preguntas acerca de cómo hacer, cómo lograr el acercamiento de algunos contenidos. Yo quería entenderme con ella y me molestaba cuando no lo lograba.

A mil preguntas, una sola respuesta: *“libros para leer hay, pero el código lo tienen que encontrar Claudia y vos. Se irá formando con el tiempo, no hay recetas”*. Y así fue.

Mi escuela, la E G B N° 64, hace siete años que trabaja en un proyecto de flexibilización horaria en el que los maestros sólo trabajamos en un área buscando así la especialización desde el área mismo y una mejor manera de enseñarla atendiendo a una diversidad que nos preocupaba mucho. Aprendemos, discutimos y trabajamos mucho sobre cómo aprenden los chicos de una manera constructivista, entendiendo que no todos tienen una mismo tiempo para aprender. Buscando así las distintas formas de llegar a cada uno.

Con el paso del tiempo las cosas mejoraron. Claudia era una nena verdaderamente adorable, muy capaz, muy compradora; con carácter fuerte y con una sonrisa agradable. Le encantaba usar cosas de moda, prestaba mucha atención a mi ropa o mi perfume. Era muy graciosa y siempre sonriente. Claudia era una nena feliz, como no lo eran algunos de mis nenes que sí podían escuchar. Era caprichosa, como toda nena, y me probaba buscando límites y tanteando hasta dónde yo daba.

Su lectura labial siempre fue muy buena, por lo que fue necesario entonces cambiar hábitos en clase: hablar delante de ella, siempre muy pausado, con tranquilidad e ir verificando si seguía el hilo de la conversación. Las clases fueron como un juego, con gestos, señas que, por supuesto, tuve que aprender pero que llenaron mi corazón.

El año transcurría y parecía encaminado.

Un día en una clase como cualquier otra jugábamos a decir con señas determinadas palabras y el resto del grupo adivinaba, esa clase la integraba el profe Elio y sugirió que sea Claudia quien arme

mentalmente oraciones, las señé y el resto intentara interpretar lo que decía. No lo olvidaré más: Claudia parada en una silla frente al grupo, haciendo señas y el resto de los compañeros, oralmente las decían para que yo las escribiera en el pizarrón. Fue una hermosa clase de señas a cargo de Claudia. Llegó el primer acto y con mi equipo planteamos que queríamos, pues nos parecía justo, cantar el Himno con señas y adaptar, de la misma manera, la canción que todos los días entonábamos para saludar a la bandera, para que Claudia pudiera participar de todo como una niña más. Así comenzaron nuestras clases de música con señas, los niños estaban fascinados y Claudia feliz. Llevó tiempo pero no se compara con lo que disfrutamos. Los niños aprendieron mejor que nosotros y mucho más rápido. Fue espectacular.

Cuando comenzó el acto y llegó el momento del Himno, los integradores se pararon frente al grupo y juntos comenzamos a cantar con señas. La sorpresa del resto y las caritas de los niños interpretando fue sensacional. Debo reconocer que corrió más de una lágrima y mi sentimiento fue: en ésta escuela integramos y es necesario que todos nos adaptemos. Integra, en el sentido más amplio; los niños son matrícula genuina nuestra y compartida también, pero el trabajo con ellos es como con “un nene más”. Por eso, si fue necesario que hablemos y cantemos con señas, así se hizo, siempre pensando que era lo mejor para ellos.

Como en todo camino por recorrer hay marchas y contramarchas, habina cosas que salían mejor y otras que no me dejaban conformes. Tal es así, que en las reuniones yo cuestionaba mucho mis clases. Tenía miedo que quedaran cosas en el aire, que no se entendieran. Yo quería que Claudia estuviera al tanto de todo lo que ocurría en el aula. Eso me demandaba mucho esfuerzo, pero no me importaba. Sólo quería que Claudia no quedara sin saber qué ocurría.

Como parte de una estrategia de abordaje implementamos que los integradores sólo asistieran una vez por semana, eso nos permitiría saber su nivel de comprensión sin interlocutores y nuestra capacidad de comunicarnos. Esto implicaba que, una vez que planificaba para el grueso del grupo, debía sentarme a organizar en mi mente y con señas cómo trabajaría con Claudia.

Cuando llegábamos a clases, primero daba las indicaciones al grupo en general y luego me sentaba con ella para hacer la bajada correspondiente de las consignas. El resto de los nenes sabía que en ese momento no debía haber interrupciones y de hecho no las había. Sobrevolaba en el aula un profundo respeto por el tiempo del otro. Era magnífico.

Aprendí mucho, disfruté mucho, comprobé que hasta lo que parece imposible poniendo garras y mucho corazón, se puede. Nada es fácil en la docencia, todo representa esfuerzo, dedicación y compromiso desde la acción misma. Como solemos decir: uno en la docencia siembra a largo plazo.

Creo que el grupo también creció y se consolidó. En ésta integración todos aprendimos y eso es invaluable. Por ejemplo, nos fijamos el objetivo de aprovechar el buen timbre de voz que mi niña tenía y trabajar con ella la pronunciación de algunas palabras. Como Claudia traía incorporado el nombre de los útiles, acordamos que debía pedirlos por su nombre. Sus compañeros en esto ayudaron mucho, ellos exigían que los nombrara. Aún resuena en mi corazón como suaves acordes escucharle decir mi nombre. Eso no lo olvidaré jamás.

Otro gran desafío fue el tema de lectura y, aprovechando su buena pronunciación, comenzamos a trabajarlo. Otra cuestión para aprender: yo leía frente a ella, ella tomaba mi lectura labial y juntas pronunciábamos. Primero lo hacía conmigo y luego algún compañero la ayudaba. Esta tarea la desgastaba mucho, por eso lo hacíamos una vez por semana.

Para nuestra sorpresa un día llegó la invitación para cantar en un evento social de la comunidad. Como primera medida lo consultamos con Claudia y con su mamá, el mayor empuje que la nena tiene, y aceptaron la propuesta.

El día de la función en la segunda fila se encontraban los familiares de Claudia con una expectativa mayor que la nuestra. Fue muy emocionante ver cómo chicos y adultos disfrutaron del momento. Sus padres, con lágrimas en los ojos, aplaudieron de pie a una hija que, a pesar de su discapacidad se integraba a la sociedad sin impedimentos.

Llegó fin de año y preparamos el acto para todos los niños: bailar, esa era la idea y el nuevo desafío. Junto a la profesora de música nos dedicamos a trabajar la percepción sonora, apoyando sus manitas en el parlante con la música muy fuerte para que pudiera captar la vibración comenzando a movernos al ritmo de la música para que memorizara los movimientos. Otra etapa cumplida.

Al terminar el año pido ser promovida con el grupo a cuarto año. Analizando algunas cuestiones y entendiendo que la visión de Cristina tenía un fundamento real, esto no fue posible. Analizamos hasta qué punto era conveniente y si desde lo educativo era pertinente. Eran muchos los vínculos establecidos y tres años de trabajar juntos. Por eso se estimó que era necesario no continuar con el grupo.

Hoy, Claudia no comparte el turno con nosotros ya que se encuentra en el turno mañana de nuestra misma escuela. Sin embargo durante el turno tarde algún niño saluda a la bandera o canta el Himno con señas. Si bien quienes aprendimos el lenguaje de señas fuimos los docentes de Claudia, todas las personas del establecimiento pudieron hacer vínculo con ella. No es imposible. Los docentes que al año siguiente trabajaron con ella, también asistieron a un curso semanal para tomar clases específicas del lenguaje. Esto habla de nuestra idea de integrar y de la responsabilidad que mis compañeros y yo

asumimos a la hora de hacerlo. Ese mismo grupo de docentes, organizó la promesa a la bandera para los alumnos de 4º teniendo en cuenta a Claudia y los niños hicieron la promesa con señas y oralmente. Fue un acto muy emotivo que permanecerá en mi corazón toda la vida.

Si hay algo que me queda claro es que Claudia puede conmigo o con cualquier docente de eso estoy segura. A pesar de su discapacidad tiene una capacidad impresionante y una familia que siempre la alienta para que pueda dar más. Son sin duda un ejemplo.

Con mucho dolor por separarnos, nos despedimos. Pero me queda un cúmulo de experiencias ampliamente satisfactorias y mil caricias en el corazón por haberla conocido.

A vos Claudia, un abrazo enorme y un recuerdo latente en mi corazón.